

LEYENDAS DE LA TRADICIÓN ORAL EN EL CAMPO DE REQUENA-UTIEL.

Por Fermín Pardo Pardo

En todas las épocas el hombre ha intentado transmitir sus recuerdos y experiencias a sus descendientes o miembros de generaciones más jóvenes. De esta manera una parte de la memoria familiar o colectiva de una localidad o territorio, recibida de los antecesores, se suma a los recuerdos y experiencias vividas por cada persona en particular y éstos se irán sumando a la cadena sucesiva de la transmisión generacional.

A la transmisión de hechos pasados en forma escrita se la considera historia. Por el contrario se da el nombre de leyendas o hechos legendarios aquellos que, transmitidos de forma oral de generación en generación, han podido sufrir añadidos o eliminaciones de ciertos aspectos y elementos que pudo poseer o no el hecho original o bien fueron producto de la imaginación o fantasía de una persona concreta en un determinado momento y en su proceso de transmisión han llegado a adquirir la consideración de hechos reales.

De todo el conjunto de leyendas que conocemos de la comarca de Requena, unas nos han llegado por transmisión oral, mientras que otras ya aparecen reflejadas en publicaciones del siglo XIX y XX. No obstante, hasta la fecha, no se ha realizado de forma sistemática recopilación alguna de ellas en todo el territorio, tampoco se ha publicado ninguna monografía dedicada a estos materiales que los recoja en su conjunto, que los clasifique y que los estudie, que analice sus características, etc.

En el presente trabajo haremos una relación cronológica de las que conocemos, agrupándolas por temas cuando sea posible o presentándolas de forma aislada pero siguiendo la cronología correspondiente a la época en que se sitúan.

Podemos apreciar en esta pequeña recopilación de leyendas que poseen una tendencia general al realismo frente a las de temática fantástica que, cuando aparecen, se relacionan con intervenciones milagrosas de la Virgen o los Santos, en representación de la omnipotencia del único Dios, pero no como fruto de los poderes ocultos de otros seres.

Leyendas en relación al Cid Campeador (siglo XI).

Cronológicamente se localizan en el siglo XI y nos hablan de la estancia de Rodrigo Díaz de Vivar en Requena y su territorio. Según la tradición, el héroe castellano ocupó esta comarca juntamente con otras que habían pertenecido al reino musulmán de Valencia. En Requena y siguiendo la leyenda se entrevistó el Cid con el rey de Castilla Alfonso VI para solicitar su perdón y amistad. También en Requena sitúa la tradición la celebración de las bodas de las hijas de Rodrigo Díaz con los infantes de Carrión. Por otra parte el famoso episodio de la afrenta de Corpes del Cantar del mio Cid y el romancero en que los infantes azotaron a sus esposas y las abandonaron como represalia contra su suegro se le sitúa en el antiguo carrascal de San Antonio, según unos y, según otros, en el paraje de Covarrobles, en el actual término de Fuenterrobles que fue aldea de Requena hasta el primer tercio del siglo XIX.

En relación con estas leyendas hemos de recalcar que en la calle Somera dentro del antiguo recinto amurallado de Requena conocido como Barrio de la Villa existe una casona con escudo y fachada de sillería conocida con el nombre de Palacio del Cid. No obstante, esta vivienda es mía edificación del siglo XV y que perteneció, según D. Rafael Bernabeu, a la familia hidalga requenense de los Pedrón. No sabemos si fue reedificada sobre los restos de otra mansión más antigua que pudiera haber pertenecido al Cid y servirle de vivienda en su legendaria estancia en esta ciudad.

Próxima a la actual ermita de la Sta. Cruz o de la Virgen de la Caridad junto a la cual se edificó el Cementerio Municipal en 1813 existió otra dedicada a San Bartolomé y en ella afirma la leyenda que tuvo lugar la ceremonia del casamiento de las hijas de Rodrigo Díaz de Vivar con los infantes de Carrión siguiendo la recomendaciones que el rey castellano Alfonso VI hiciera al Cid en su entrevista.

La imagen de la Virgen de la Caridad que se veneraba en la ermita de la Santa Cruz con anterioridad

a 1936 era muy antigua, según el informe que sobre las ermitas de Requena hizo D. José A. Díaz de Martínez al obispo de Cuenca en 1860. Afirma este autor que popularmente se consideraba como regalo hecho por el Cid a esta antigua capilla del Barrio de las Ollerías.

Del carrascal de San Antonio, según cuenta la leyenda como lugar de la afrenta de Corpes, no queda **rastros**, pues muchos carrascales y pinares del extenso **término fueron** desapareciendo a lo largo del siglo XVIII y XIX para convertirlos en campos de sembradura de cereales y sobre todo para la plantación de viñas.

En cambio en el paraje de la Covarrobes en Fuenterrobes existe todavía la cueva rodeada de viñas. Es una especie de hoquedad situada debajo de un leve promontorio coronado por una capa de toba caliza y que ha sido utilizada en las últimas épocas como refugio de ganados o labradores que trabajaban en sus inmediaciones. Sobre este altozano existen restos de ladrillos, tegulae y cascotes de vajillas de la época romana seguramente correspondientes a una villa rural de aquella época.

Estos restos quizá han hecho mantener la leyenda a lo largo de los tiempos como nos lo demuestra D. Rafael Bernabeu en su Historia de Requena incluyendo una clausula de un mayorazgo fundado en 1578 por el alcaide de Villa de Ves Alonso Parra ante el escribano Francisco Carrión y dice así: "ítem una heredad situada en Pozo Seco y Bottear (jurisdicción de Fuenterrobes, aldea entonces de Requena) en donde los Condes de Carrión haurían azotado a las hijas del Cid".

También nos recoge este fragmento Fernando Moya en el libro "Fuenterrobes. Memoria de un Pueblo" (1995) añadiendo que la Covarrobes está cercana a estos parajes citados en el siglo XVI. Después nos aporta como apoyo para la perduración de la leyenda en el tiempo **que** en las respuestas dadas por la aldea de Fuenterrobes al Estado en 1787 aparece lo siguiente: "Como también se halla al mismo poniente una cueva, la que llaman Cueva-Robles en la que se dice estuvieron presas las hijas del Cid, apresadas por los Condes de Carrión".

Por otra parte el nombre de Requena aparece citado en varios romances referentes a la vida del Cid, lo cual ha llevado a la tradición a seguir manteniendo como reales estos hechos aunque no existe ningún documento fidedigno con el que puedan afirmarse estos acontecimientos.

En relación con las correrías del Cid inserta Enrique Herrero y Moral en su Historia de Requena de 1890 la leyenda de la ciudad de Braila, población de la época musulmana localizada en el paraje de los Villares de Campo Arcís. Esta ciudad resistió el sitio a que la sometió el Cid e incluso recibió la ayuda de soldados del rey moro de Valencia, pero ante todos quedó victorioso el famoso guerrero castellano, adueñándose de la ciudad. Según Herrero y Moral el nombre de la aldea de Campo Arcís es una forma evolucionada de Campo del Cid, por

el recuerdo de esta hazaña legendaria. Los restos de edificaciones del paraje de Los Villares de Campo Arcís que este mismo autor identifica como correspondientes a la Braila legendaria son en realidad vestigios de unas villas rústicas de la época romana, abundantes en el fértil llano de viñedos de esta **partida**.

Leyendas de Santuarios Marianos (S. XIII al XVI).

La devoción por María la Madre de Jesucristo a la que en castellano se le da el apelativo general de la Virgen está muy arraigada y extendida dentro del catolicismo y naturalmente en todos los territorios del Estado Español e incluso Hispanoamericanos como herederos de nuestra cultura.

En la comarca de Requena la devoción por María Santísima se concreta fundamentalmente en torno a cuatro Santuarios destacados, independientemente de las advocaciones que de la Virgen María se veneran a nivel local. De ellos uno está fuera de la comarca y se trata del Santuario o convento trinitario de la Virgen de Tejada en Garaballa (Cuenca). Existe otro que, con el tiempo y la fluctuación de las fronteras locales y provinciales quedó fuera de nuestra comarca. Se trata de la Cueva Santa del Cabriel situada en la antigua dehesa de la Fuencaliente que perteneció al término de Requena hasta el siglo XVI y que en la actualidad forma parte de la jurisdicción municipal de Mira, único pueblo del primitivo municipio de Requena que se quedó en Castilla al ser anexionada a Valencia la comarca requenense.

En la ciudad de Requena todavía se conserva la iglesia y claustro del antiguo convento de carmelitas calzados (el primero de esta orden que se fundó en toda Castilla) y que sirvió de Santuario a la antigua patrona la Virgen de la Soterraña y sigue sirviendo como tal a la Patrona actual la Virgen de los Dolores.

Finalmente, en la Sierra del Negrete, en término de Utiel se levantó en el siglo XVI el ermitorio de la Virgen del Remedio que sirve como Santuario a la imagen de María votada como Patrona por los utielanos.

Virgen de Tejada de Garaballa (siglo XIII).

El área de devoción por la imagen de la Virgen de Tejada se extiende por todo el Marquesado de Moya y su Serranía y parte de la Manchuela en territorio de Castilla. En Valencia por el Rincón de Ademuz, Serranía Alta del Turia y poblaciones concretas como Yátova en cuya iglesia parroquial existe altar y cofradía de esta advocación. En todo el Campo de Requena-Utiel ha ejercido también especial atracción en todas las épocas destacando la villa de Camporrobes en donde también le tienen dedicada capilla y cofradía dentro de su Parroquia de la Asunción o Villargordo del Cabriel en su Parroquia de San Roque. Gentes de esta comarca acudieron en otros tiempos al lejano santuario de Tejada en Garaballa con carros y caballerías o a pie a cumplir con sus promesas y dar gracias con sus exvotos, actualmente

se sigue acudiendo con automóviles, coincidiendo con la festividad de la Natividad de María el día 8 de Septiembre.

Como elementos legendarios que hemos escuchado de nuestros mayores relativos a Tejada podemos citar tres: la aparición, el hardacho y la mujer de piedra mármol.

La aparición de la Virgen de Tejada se localiza en el tiempo hacia 1205 y el lugar cerca de una cueva próxima al río. Un pastor que se encontraba apacentando su ganado por las orillas del río es el escogido para recibir la aparición de María Santísima sobre un tejo. El árbol de la aparición dará nombre de Tejada al Santuario primitivo construido en el propio lugar del suceso y conocido hoy por Tejada la Vieja. Al edificarse el nuevo convento en el siglo XVI seguirá llevando ese nombre al igual que la advocación.

El hardacho de Tejada. Hasta la Guerra Civil de 1936 estuvo colgado en el Santuario como exvoto un cocodrilo o caimán ofrecido por un soldado a la Virgen, quien lo trajo desde el Perú en 1566. Las gentes de estas tierras consideraban este animal como un lagarto o hardacho gigantesco que alguien pudo matar en tiempos remotos con la ayuda de la Virgen. Todavía se suele decir al referirse a alguna persona de quien no se conocen detalles de sus orígenes ni de su vida: "ese será el que mató el hardacho de Tejada".

La mujer de piedra mármol. Contaban también que con anterioridad a 1936 a la entrada del Santuario existía en el suelo una losa de mármol en la que se apreciaban las formas de una mujer. La tradición popular la relacionaba con el siguiente hecho:

Una mujer, en cierta ocasión, había robado en el mencionado Santuario unos libros. Después de las previas indagaciones esta mujer fue interrogada por la autoridad competente como sospechosa y muy firmemente negó su hurto. Para fundamentar más su negación llegó a jurar y a decir: " - Que me convierta en piedra mármol si yo he robado los libros por los que se me acusa". El castigo fue rápido y fulminante trastornándose la ladrona en la famosa losa de mármol que estaba situada a la entrada del Santuario para que todos la pisaran y para que sirviera de general escarmiento y ejemplo.

Virgen de la Cueva Santa del Cabriel (origen desconocido).

El área de devoción por la Virgen de la Cueva Santa del Cabriel quedó reducido en este siglo a las poblaciones cercanas a su Santuario en término de Mira y en una enorme gruta cuya boca se abre en una ladera pedregosa en las barranqueras próximas al curso del río Cabriel y al actual pantano de Contreras. Estas poblaciones son La Pesquera y Mira en la provincia de Cuenca y Villargordo del Cabriel, Camporrobles y sobre todo Fuentesrobles, pertenecientes a la comarca de Requena

y por tanto, actualmente dentro de la provincia de Valencia. La imagen original la llevaron consigo los vecinos de la aldea de la Fuencaliente en el momento de ser trasladados al término de Picassent por motivo de la construcción del embalse de Contreras, cuyas aguas habían de inundar el valle y las huertas en donde estaba ubicada esta pedanía mireña. No obstante, la romería a la Cueva se sigue efectuando. Los vecinos de Fuentesrobles han conseguido recientemente una reproducción (poco acertada) de la imagen original y con ella siguen manteniendo viva su antigua romería del mes de mayo con la finalidad fundamental de solicitar la lluvia para los campos de secano, siempre necesitados de ella.

Con relación a la Virgen de la Cueva Santa del Cabriel y su Santuario encontramos las siguientes leyendas:

La aparición. Tuvo lugar según la tradición en otra cueva próxima y más elevada en las barranqueras citadas. A un pastor, cuidando su ganado, le saltó una liebre y este le tiró el garrote para matarla. La liebre golpeada se transformó en la imagen de la Virgen y con ello se inició la veneración.

El culto a la Virgen iniciado en estos parajes en la Cueva Vieja o de la Virgen Vieja, como se denominaba al sitio de la aparición, hubo de trasladarse por la facilidad con que podía profanarse aquel lugar considerado sagrado, pero situado en una cueva o abrigo completamente abierto al exterior. La gran gruta elegida después para Santuario posee una abertura estrecha en forma de pasillo alargado que da al exterior. En esa boca fue fácil colocar una reja de hierro que sirvió de puerta que impedía la entrada en cualquier momento, pues solamente se abría por motivos de culto o limpieza. Por otra parte y según restos arqueológicos que se han encontrado en su interior y alrededores esta enorme gruta debió ser un santuario primitivo en el que se sucedieron cultos de religiones precristianas que arrancan ya desde la edad del bronce.

Esta forma legendaria y curiosa de aparición se relaciona también con la Virgen del Remedio de Utiel, como después comentaremos.

Los enamorados perdidos. Cuentan personas mayores de Fuentesrobles que, con motivo de una romería, una pareja joven de enamorados del pueblo acudió al acto como era propio entre la gente joven, siempre atraída por la fiesta. Una vez dentro del Santuario no pudieron resistir la tentación de internarse por entre las oquedades y escondrijos más apartados del propio lugar de culto, con el fin de buscar intimidad de pareja y permanecer aislados del gentío un cierto periodo de tiempo, al amparo de la oscuridad de tales escondrijos. Al finalizar los actos religiosos y profanos de la romería nadie encontró rastro de esta pareja. Ambos pudieron sumirse en alguna sima o precipicio comunicados con la cueva, perdiendo la vida en el interior de ella y sin que

nadie tuviera posibilidad de socorrerlos ni ayudarlos.

Seguramente esta leyenda real o ficticia servía mucho a las madres que tenían hijas jóvenes con novios o pretendientes, quienes por el miedo o precaución no se atrevían a perderse ni separarse de la gente ni de sus compañeros de romería.

Agua y piedras de la cueva con propiedades curativas y mágicas.

También a gente de Fuentesrobles hemos oído decir que en cierta parte de la cueva existen hoyos o pilillas naturales que siempre contenían agua. Allí acudían personas para lavarse los ojos, pues esa agua era considerada como medicinal o curativa para infecciones o problema de los órganos de la vista. A fragmentos de piedra del interior de la gruta también se les atribuía la capacidad de deshacer las tormentas de pedrisco tan frecuentes y dañinas para las cosechas en esta tierra.

Virgen de la Soterraña de Requena (siglo XIII).

La devoción por la antigua imagen de la Virgen de la Soterraña siempre estuvo circunscrita a la ciudad de Requena y venerada por sus vecinos en la capilla gótica del antiguo convento del Carmen como ya hemos dicho. La Virgen de la Soterraña se trae a Requena en el siglo XIII al fundarse el citado convento de carmelitas. Su culto perduró hasta 1936 en que desapareció o fue destruida y hasta esa fecha fue la patrona oficial de la ciudad, aunque la devoción mariana de los requenenses fue proyectándose, sobre todo desde el siglo pasado, hacía la Virgen de los Dolores que fue declarada Patrona en 1955.

La Virgen de la Soterraña alternaba con la Virgen de Gracia su presencia en las rogativas y en su honor se celebraba la restablecida feria de septiembre desde el siglo XVIII. El origen de esta imagen se envuelve en la leyenda, siendo la más generalizada a la siguiente:

San Luis, rey de Francia, en su estancia en los Santos Lugares, con motivo de las Cruzadas, subió al Monte Carmelo con su caballo. Una pata del animal se hundió en tierra y del hoyo producido se alzó un potente resplandor como anuncio de algo extraordinario. Efectivamente, cavaron en aquel sitio y apareció la imagen de la Virgen con el Niño tallada en madera. Por ser encontrada dicha imagen bajo tierra, es decir, en lugar subterráneo, es por lo que se le llamó Soterraña. Otro detalle de la leyenda es que en la frente de la Virgen se produjo una hendidura o desconchado por haberla dañado el borde de la herradura del caballo al tropezar con ella dentro del hoyo. La citada marca o señal del deterioro de la frente de la escultura se intentó restaurar en muchas ocasiones. Varias veces se llevó la imagen a restaurar y tantas veces fue sacada para este menester, retornaba al convento de forma misteriosa.

El rey San Luis abuelo de los infantes de la Cerda, nietos a su vez de Alfonso X de Castilla les regaló la

citada imagen para que la entronizaran en el convento carmelitano que el infante D. Alfonso de la Cerda y su esposa D^a Mafalda de Narbona fundaron en esta ciudad, entonces villa.

Otra versión de la leyenda refiere un hecho semejante pero ocurrido en Requena, en el lugar en donde se edificó el convento y no en el Monte Carmelo en Palestina. El protagonista del hallazgo es en este caso el infante D. Alfonso de la Cerda y no es abuelo San Luis.

En distintos puntos de Francia existen imágenes de la Virgen con leyendas semejantes y siempre con la atribución del hallazgo al Santo rey francés.

Virgen del Remedio de Utiel (siglo XVI).

El Santuario de la Virgen del Remedio de Utiel es el de más atracción de devotos de toda la comarca. A dar gracias por los favores recibidos y a depositar los exvotos se acude durante todo el año, pero fundamentalmente se hace el día de Pascua Florida en que suben a la Sierra mayoritariamente gentes de Utiel y algunos vecinos de las aldeas de la Vega de Requena y el día 6 de septiembre fecha en que la pequeña imagen de la Serranilla es bajada desde su ermita por los utielanos a hombros a su iglesia parroquial en donde permanece hasta el último domingo de octubre. Los habitantes de Requena y sus aldeas también acuden en las fechas citadas, pero el día reservado para ellos y que no suelen ir los de Utiel, es el domingo de la Pascua Granada o de Pentecostés.

Las leyendas que nos aparecen en torno a la Virgen del Remedio son referentes a su hallazgo o aparición y también a su nombre o advocación.

Leyendas de la aparición y hallazgo.

Muy popular es en la zona y también con referencia a esta imagen aquella que ya nombramos al hablar de la Virgen de la Cueva Santa del Cabriel en la que la Virgen aparece *en figura de una liebre* a un pastor. Otra variante nos habla que fue el primer ermitaño Juan de Argés de penitente en la sierra quien le lanzó su vara o cayado a una liebre para matarla y cuando la alcanzó el golpe se produjo la aparición de la Virgen y tras este hecho quedó depositada ante él una pequeña imagen sentada de María Santísima con su Hijo, a la cual le faltaba una mano por el golpe recibido con el garrote.

En los primitivos gozos que todavía podemos ver sobre tablillas que se conservan en la ermita para cantarlos dice una de sus estrofas:

*En figura de una liebre
la Virgen se apareció
y Juan de Argés ignorante
el garrote le tiró.*

Esta leyenda es la más popular y popularizada y la que de forma autóctona presenta el origen del culto a la Virgen del Remedio. Sitúa la aparición en plena Sierra

del Negrete y materializa el lugar concreto en una hoquedad entre peñascos próxima a la cumbre de la montaña y en una elevación superior al lugar que ocupa la propia ermita.

Sin embargo, paralelamente, encontramos otra leyenda que sitúa el hallazgo de la imagen en Cullera junto al mar por Juan de Argés y la revelación de volver a la Sierra del Negrete con ella y de retirarse a aquel lugar inhóspito como ermitaño y custodiador del Santuario que había de erigirse en su honor.

Esta leyenda es más verosímil que la anterior. Narra que Juan de Argés, procedente de Burgos, había estado en Utiel en su camino de penitente arrepentido de su vida disipada de juventud. De Utiel pasó a Cullera con intención de embarcar a Africa e incluso predicar las doctrinas de Cristo entre musulmanes. En una de esas noches que esperaba junto a la playa de Cullera alguna nave que lo trasladara al continente africano se produjo una incursión de piratas que saqueó la población. Entre los objetos del botín que consideraron inservibles los saqueadores y que dejaron esparcidos por la playa se encontraba una pequeña imagen de la Virgen María con su Niño y a la que le faltaba una de sus manos como deterioro. Juan de Argés la recogió devotamente y tuvo la revelación de volver a Utiel, retirarse como ermitaño en su Sierra y conseguir que se le diera culto a esta diminuta escultura de María Santísima.

Una variante de esta leyenda que se conserva precisamente en Cullera cuenta que en vez de una imagen Juan de Argés se encontró dos, la sedente que es la denominada Virgen del Remedio y otra de pie también con el Niño que corresponde a la patrona de Cullera con la advocación de Virgen de la Encarnación o del Castillo. Añade esta leyenda que el ermitaño burgalés se llevó a Utiel la escultura que se representa de pie y que dejó la sedente en Cullera pero al día siguiente de llegar a Utiel y de forma misteriosa se comprobó que ambas imágenes habían cambiado de lugar, quedando para Utiel la sedente y para Cullera la que está en pie.

El nombre de la Virgen.

Instalado definitivamente Juan de Argés en la Sierra del Negrete como ermitaño con su pequeña imagen, ésta empieza a recibir culto masivo a partir de una rogativa con la que el ayuntamiento de Utiel acude a solicitar la intercesión de la Virgen para propiciar la lluvia ante una pertinaz sequía, coincidiendo con la fiesta de Pentecostés. Después de la caída de lluvia abundante se le consideró como protectora de la entonces villa por lo que fue necesario asignarle un nombre. Según la tradición se pusieron varios posibles nombres a sorteo y al sacarlos salió el de Remedio por tres veces seguidas. Este es el nombre que, desde entonces, ha recibido la pequeña imagen tan venerada por utielanos y habitantes del resto de poblaciones de la comarca.

Leyenda del ermitorio de San Antonio de la

Vega (siglo XV)

A medio camino entre Requena y Utiel, en el lugar que hoy ocupa la iglesia parroquial de la pedanía requenense de San Antonio de la Vega existió una antigua ermita dedicada a este Santo franciscano y junto a ella un gigantesco olmo asombro de visitantes y orgullo de los autóctonos. En una especie de disputa entre dos troberos o versadores se alude al famoso olmo de la siguiente manera:

*-Cantador que tanto cantas
y te tienes por cantón
tu me dirás lo que pesa
el olmo de San Antón.*

El trobero demandado contestó:

*-Si tu fueras la romana
y tu cabeza el pilón
te diría lo que pesa
el olmo de San Antón.*

En torno al olmo y a la ermita se fueron construyendo a lo largo del tiempo casas dispersas que dieron origen a pequeños barrios y en la actualidad forman ya una población concentrada que, a pesar de ser pedanía, su número de habitantes se sitúa alrededor de los 2.000, con lo que San Antonio de la Vega o de Requena es la tercera localidad de la comarca en cuanto a su vecindario.

En los años sesenta la antigua ermita, iglesia parroquial desde 1888, con las reformas que había ido sufriendo, y el renuevo del viejo olmo fueron destruidos completamente para edificar un nuevo y moderno edificio para iglesia parroquial que sigue dedicada naturalmente a San Antonio de Padua.

La leyenda en torno a la fundación de esta ermita la vemos plasmada en la Historia de Requena de Enrique Herrero y Moral y refiere en resumen lo siguiente: En el momento de la reconquista de estos territorios a los musulmanes por parte de los castellanos se produjo una enconada batalla entre moros y cristianos en el lugar que ocupó la ermita y el viejo olmo precisamente en la fecha del 13 de junio. Un caballero del ejército cristiano a quien Herrero y Moral da el nombre de D. Francisco Fernández Albarúiz, viéndose en peligro en lo más encarnizado del combate a últimas horas de la tarde se subió a un corpulento olmo en donde permaneció oculto, hasta bien entrada la noche, en que las tropas se retiraron y pudo quedar sano y salvo. En el espacio de tiempo en que permaneció oculto entre las ramas del olmo ofreció al Santo del día (San Antonio de Padua) edificarle una ermita junto al olmo si lo libraba de la muerte. Al cabo de un tiempo, ocupada Requena y su vega por los cristianos, volvió el citado caballero a cumplir su promesa, para lo cual adquirió el terreno junto al olmo en el que fue posible la construcción de la primitiva ermita de San

Antón de la Vega.

Según la copia del manuscrito de Dominguez de la Coba (siglo XVIII) la ermita de San Antonio de la Vega fue bendecida en 1444. D. Rafael Bernabeu en su Historia de Requena (2ª edición 1982) nos dice que fue elevada a expensas de Martín García en 1444" y que" el patronato de dicho templo perteneció en 1615 a D. Pedro Fernández Albaruiz".

Como podemos comprobar, los hechos que Herrero y Moral nos presenta como históricos no son más que una leyenda transmitida por la tradición oral pero sin concretar el momento exacto.

Leyenda de las cabras monteses (siglo XVI).

El Campo de Requena-Utiel es una comarca elevada situada entre Castilla y Valencia, delimitada al Sur y Oeste por la profunda garganta del río Cabriel, sierras que la separan de la cuenca del Turia por el Norte. Las Cabrillas y la Sierra Martes que forman la divisoria natural entre la Hoya de Buñol y el Valle de Ayora por el Este. Tanto las montañas que forman estas sierras como las barranqueras que conducen el cauce del Cabriel son tierras quebradas y fragosas en donde abundó la cabra montes, cuyo nombre se refleja en la toponimia de la zona y así encontramos la sierra de las Cabrillas o el mismo río Cabriel (río de las cabras). Según Bernabeu este territorio debe corresponder con la Caprasia de la época de los romanos, también por el mismo motivo, aunque hay opiniones de otros autores que descartan esa afirmación. Sea o no esta tierra la antigua Caprasia (tierra de las Cabras) sí es cierto que hasta principios de siglo las hubo en abundancia en estado salvaje. En estado de domesticación todavía hemos conocido hasta los años 50-60 grandes rebaños de cabras blancas, muy montaraces que pacían en los altos de los montes y de las cabras llamadas morunas, más adaptadas a terrenos menos agrestes.

Requena, como población principal de su comarca siempre concentró en su mercado a gentes del ámbito rural que venía a ofrecer sus productos domésticos excedentes como animales de corral, huevos, miel y aguamiel y animales de caza entre los que, hasta principios de siglo, no era raro que figuraran zorros para aprovechar su piel e incluso cabras monteses que se vendían para utilizar la carne y la piel si eran jóvenes o solamente la piel si eran viejas. D. Luis García Grau, requenense que supera los 80 años nos refirió que, cuando niño, fue un día al mercado acompañando a una vecina ya anciana quien al ver una cabra montes que tenía un aldeano para vender le contó que aquel animal pertenecía sin duda al ganado de Caro y tras ello la siguiente leyenda:

En época en que abundaban las dehesas y los ganados en el territorio requenense existió un propietario ganadero muy rico, afamado por la gran cantidad de cabezas de ganado que poseía y por el buen trato que

dispensaba a sus sirvientes y trabajadores, entre los que contaba con un mayoral o encargado que le dirigía y organizaba perfectamente a todos sus asalariados en favor del buen rendimiento de sus bienes.

Ocurrió un día que a la puerta de Caro llegó un joven a pedir limosna y el buen ganadero en vez de dársela le ofreció trabajo en su hacienda. Aceptó el joven y pronto empezó a destacar por su inteligencia y capacidad en el trabajo, por lo que al cabo de poco tiempo ya contaba con la confianza del amo y del mayoral. Paso el tiempo y el mayoral, ya viejo, enfermó y murió. Caro, que también era un anciano y no tenía hijos, necesitaba, más que nunca, una persona de su confianza que le ayudara a continuar con la buena organización y administración de sus bienes y hacienda, por lo que no dudó en elegir al que de joven conociera de mendigo.

Este aceptó y cumplía su misión perfectamente y a satisfacción de su amo. No obstante, movido por la soberbia y el deseo de hacerse rico como él, quiso llegar a ser dueño de sus bienes, cosa que hubiera conseguido después de la muerte natural del ganadero, pero la desesperada codicia, que le aumentaba con el tiempo, le llevó a tramar el dar muerte al que fue su protector, cosa que ejecutó un día, a solas en el monte, y rodeado de los ganados. El anciano Caro, moribundo, aún pudo maldecir al ingrato sirviente, diciéndole que, por su mala acción ninguno de sus animales le obedecería y todos sus rebaños se dispersarían para siempre por entre las peñas y barrancos de esta tierra, dando así origen a las llamadas cabras monteses.

El fantasma de la Villa (siglo XVI-XVII).

En el momento de la reconquista de Requena y su tierra, ésta pertenecía al reino musulmán valenciano, no obstante, fue ocupada por castellanos e incluida dentro del Obispado de Cuenca. Como población fronteriza fortificada se le concedieron a la entonces villa requenense y su territorio varios privilegios con tal de hacer atractiva esta tierra a los nuevos pobladores castellanos que en calidad de caballeros villanos tendrían como misión y obligación defender las fronteras y la misma plaza fortificada. Esta encomienda la hizo Alfonso X a los llamados caballeros de la Nómina del Rey que fueron enviados, en principio, en número de 30, aumentándose después hasta la cifra de 42 en 1326. Procedían de la Castilla oriental, La Rioja, Soria y la Sierra de Cuenca. La mayor parte de estos caballeros, que dieron origen a la nobleza requenense, se afincaron en la próspera villa adornando sus casonas con sus respectivos blasones de los que se honraban sus descendientes.

Relacionada con estas familias, los habitantes del recinto amurallado de Requena y localizada en el siglo XVI-XVII, encontramos la siguiente leyenda:

Murió en la Villa un caballero descendiente de los citados de la Nómina y, como costumbre de la época y de la tierra, su viuda, además de enlutar su vestimenta,

cerró su casa en señal de duelo y se recluyó en ella en recuerdo de su difunto marido y para rogar por su alma.

Al cabo de poco tiempo, diariamente y bien entrada la noche, se abrían las puertas de la mansión y salía de ella con alaridos y ruido de cadenas una extraña y blanca figura que recorría las oscuras y retorcidas callejas del medieval barrio de la Villa.

La extraña figura que se asociaba con el alma en pena del caballero difunto aterrizzaba a las gentes de bien, quienes se encerraban en sus casas al anoecer y rogaban a Dios el no tener necesidad de salir por algún motivo ineludible con tal de evitar el encuentro con el lúgubre fantasmón.

Tan molesto y abrumado estaba el vecindario entero con tales circunstancias que el Sr. Corregidor mando que salieran a perseguir al fantasma ordenando además que dispararan contra él con tal de comprobar si era persona humana quien cada noche tomaba disfraz de fantasma y si lo era que recibiera la pena o castigo correspondiente.

Cerca de la torre de la fortaleza ocurrió el encuentro entre el fantasma y los alguaciles que lo perseguían. Estos le dieron el alto y como el fantasma hiciera caso omiso de tal orden y siguiera caminando se produjeron los disparos que hicieron desplomarse al sobrecogedor figurón que, lejos de desvanecerse, permaneció en el suelo hasta la mañana siguiente. Al amanecer el Corregidor, en presencia de muchos vecinos mandó descubrir a la persona envuelta entre los blancos ropones. La sorpresa de todos los presentes y en especial el angustioso e irremediable dolor del Corregidor se plasmaron en sus semblantes al comprobar que el encubierto era el cadáver de su propio hijo.

Idéntica leyenda pero localizada en la antigua villa de Moya (Cuenca) la he oído contar a Francisco Vázquez Hoys quien vivió varios años en Landete, pueblo cercano a la citada villa conquense y perteneciente a su antiguo Marquesado.

Leyendas moriscas de Hortunas (siglo XVII)

El valle de Hortunas en el SE del término de Requena y en sus límites con los términos de las poblaciones valencianas de Buñol, Yátova y Cortes de Pallás se halla recorrido por el río Magro cuyas aguas fueron aprovechadas desde antiguo para el riego de su estrecha y alargada nava de huerta. En diferentes puntos del valle aparecen restos de poblados ibéricos destacando el del pico del Castellar, del que procede la abundante colección de cerámica que se conserva en el Museo de Requena. De la época romana y junto la huerta, se ha descubierto, hace algunos años, una importantísima necrópolis de la que se han extraído gran cantidad de materiales relacionados con los rituales funerarios, sin que se haya iniciado todavía la excavación de las villas que se encuentran en sus inmediaciones.

En un deslinde de dehesas del término de Requena en el siglo XV ya se nombra la dehesa de Fortunas y precisamente ese deslinde inicia en el azud. Si existía un azud en dicha fecha se supone que ya había conducción de agua de riego y algo de huerta. Aguas arriba del río, en su margen izquierda y cerca del actual azud todavía se conserva tallada sobre unas peñas, a poca altura sobre el nivel de las aguas, la llamada acequia de los moros.

Podemos seguir suponiendo además que la población existente en este valle en el siglo XV que aprovecharía el regadío serían algunas familias de moriscos tan abundantes en el vecino Valle de Ayora y término de Cortes de Pallás. Esta suposición viene refrendada por la aparición, en distintas épocas, de enterramientos supuestamente musulmanes en las inmediaciones de la actual aldea de Hortunas de Arriba.

Las familias moriscas que como pastores y labradores pudieron seguir viviendo en este valle hasta el decreto general de expulsión de los moriscos en 1609 abandonarían esta tierra por motivo de las guerrillas entabladas entonces por los moriscos encastillados en las asperezas de las Muelas del Oro y de Cortes de Pallás y los cristianos de poblaciones inmediatas y sobre todo por el acoso de las tropas reales.

En esta fecha trágica de la expulsión es en donde se fundamentan las dos leyendas que Domingo Domingo de Hortunas nos contó al referir episodios históricos de la aldea conservados en la tradición oral.

Los tesoros de los moros de Fortunas.

En la tradición oral de este valle se seguía relacionando el nombre de Hortunas con la existencia de tesoros escondidos. Siguiendo la evolución del castellano sabemos que en muchos casos la letra/se convierte en *h*, y esto ocurre al primitivo nombre Fortunas que aparece en documentos medievales del que deriva el actual de Hortunas.

Según la creencia popular los moros en el momento de sus luchas con los cristianos, escondieron sus tesoros o fortunas en simas y cuevas de los fragosos barrancos que desde los montes bajan al valle. Una vez vencidos, cuando hubieron de abandonar su tierra por la expulsión que se les impondrá, ya no pudieron llevar nada consigo, por lo que aquellos tesoros permanecen escondidos en espera que alguien tenga la suerte de encontrarlos.

La expulsión de los moriscos de Hortunas.

La expulsión de los moriscos la tratan los historiadores de Requena como algo muy cercano, pero de alguna manera, ajeno a sus gentes cristianas de quienes existe constancia que colaboraron a su persecución y reducción como medida de defensa frente a los ataques que sufrían de parte de los sublevados moriscos de los inaccesibles parajes de las muelas de Cortes, del Oro y la Sierra Martés.

Veamos un fragmento de lo que D. Rafael Bernabeu López dedica al problema de la expulsión de los moriscos en sus Historia de Requena: "Las milicias de Utiel y Requena, en número de unos trescientos hombres, mandadas por el Alférez Cristóbal Zapata de Espejo y por Pedro Hernández, *soldado viexo y de mucha experiencia*, recorrieron la comarca y diezmaron a algunos grupos. Con ardor bélico, el 12 de Noviembre atacaron *con piedras y arcabuces* a los moriscos refugiados en una cueva de la sierra de Martes; pero *la trahición de un moro que dexaron en el bagaje* les hizo caer en una celada, pereciendo los vecinos Pablo Monzón, Juan Zapata de Espejo, Gil Guerrero, Miguel Ruiz, Alonso Torrellas, Juan Martínez el Mozo y Pablo Crespo, como recuerda el arcipreste Domínguez.

Aunque los rebeldes fueron violentamente atacados por el tercio de Lombardía que mandaba don Juan de Córdoba, la sumisión total fue debida a Simeón Zapata, oriundo de nuestra villa."

Ninguna historia de Requena habla de moriscos expulsados de su término, pero si lo dice la tradición oral hortunera que cuenta que, después de la terrible lucha, los moros han de abandonar el valle al ser vencidos. Despojados de sus bienes y sus casas y habiendo dejado sus tesoros escondidos son empujados hacia la parte más agreste y dificultosa de franquear desde el valle, la encrespada y altiva Sierra Martés, a la cual le dan ese nombre porque la cruzaron en un martes, día considerado aciago entre los de la semana, día no recomendable para viajar como dice el refrán: *En martes, ni te cases ni te embarques*.

Después de salvar la cumbre de la sierra desde donde ya se ve el mar, descienden por la ladera opuesta hasta la muela del Oro, lugar del que no pueden contemplar su amado valle y por ese motivo lloran. A este lugar se le conoce actualmente como el Oro (aldea de Cortes de Pallás) pero la gente de la contornada dice que tal apelativo es una deformación de El Lloro, por ser el lugar en donde los moriscos lloraron al tener que abandonar la tierra que fue suya y de sus antepasados durante centurias.

Este hecho se cuenta de forma parecida en el pueblo de Cortes de Pallás que se divisa a lo lejos, desde la aldea de El Oro. La variante en este caso es que los moriscos de Cortes lloran desde este punto (El Lloro) en el que por última vez ven su pueblo y al que nunca podrán volver.

Curiosamente esta leyenda del lloro de los moriscos hortuneros y costesanos nos recuerda el llanto del último rey moro de Granada, Boadil, quien también lloró al tener que abandonar la hermosa ciudad y su reino en aquel lugar que se conoce como el Suspiro del Moro.

Los Angeles de Vergara en Sta. María de Requena (siglo XVIII).

En el antiguo barrio de la Villa de Requena se establecieron desde la Edad Media tres parroquias que, a lo largo de los siglos, compitieron en el ornato y decoración de sus respectivos templos. La efervescencia ornamental del barroco en el siglo XVII y XVIII y la repulsa de la época por lo medieval, dió como resultado el que iglesias góticas quedaran enmascaradas por un recubrimiento de recargadas decoraciones al gusto barroco a base de escayolas y yesos en bóvedas, cornisas y columnas, además de policromados zócalos de azulejos y la instalación de nuevos retablos en presbiterios y capillas laterales a base de talla en madera con policromía y dorados, columnas, hornacinas, pinturas sobre lienzo e imaginería en los diferentes cuerpos de su estructura y en sus remates.

La iglesia de Santa María de Requena no fue la arciprestal (lo era el Salvador), ni se le reconocía el privilegio de ser la más antigua (correspondía a San Nicolás), pero sí mantuvo hasta la Guerra Civil de 1936 la decoración más exhuberante, armoniosa y equilibrada de las tres parroquias requeñenses, según se aprecia en fotografías o grabados anteriores a esa fecha y según manifiestan las personas que así la conocieron y todavía lo recuerdan. Este es el caso de D. Luis García Grau, quien al hablarnos del retablo mayor de Santa María nos refiere lo siguiente: En la parte alta existieron unos ángeles de talla que se atribuían al escultor valenciano Vergara, como todo el conjunto de dicho retablo. La tradición popular afirmaba que los hermosos rostros de estos dos ángeles eran copia de los de las propias hijas del escultor, las cuales eran gemelas y muy bellas, por este motivo le sirvieron a su padre como modelo para tallar las citadas esculturas.

Se decía, por otra parte, que estas dos doncellas murieron jóvenes y fueron enterradas en la cripta de la propia iglesia de Santa María.

Según esta leyenda podría suponerse que el escultor vivía en Requena sobre todo por haber enterrado a sus hijas en una parroquia de esta población. No obstante, aunque el artista trabajó para las iglesias de Requena, no existen pruebas de que viviera ni temporalmente con su familia en esta ciudad y además el suntuoso retablo de que hablan, destruido en 1936, es, según Lafuente obra de J. de Molins y no de Vergara.

La Toleda y los franceses (principios del siglo XIX).

En las afueras de Requena existe un paraje conocido como el Corral de la Toleda cuya función original fue la de albergar ganado y con posterioridad, en sus inmediaciones, se instaló un muladar controlado con el fin de aprovechar las pieles y huesos de caballerías que morían por la zona.

Los corrales de ganado o parideras con su misión de cobijar y proteger las reses de pastoreo por las noches o en días puntuales de invierno, cuando las fuertes

nevadas hacían imposible el sacarlas a apacentar, eran al mismo tiempo, lugares de almacen y recogida del apreciado estriercol o sirle, aprovechado para abonar, de forma natural, las huertas dedicadas a hortalizas, y sobre todo las viñas. Los corrales de ganado poseían, en ocasiones, alguna caseta o cabaña que servía como humilde vivienda a personas pobres que carecían de ella.

El corral al que nos referimos tomo el nombre del de una joven que llamaban la Toleda. Esta mujer vivió en dicho corral a principios del siglo XIX en compañía de su padre, apellidado Toledo, sobrenombre, que feminizado, asignó la gente para ella.

Según se cuenta, está moza, aunque pobre, era agraciada y atractiva, inteligente y de carácter resuelto.

En este tiempo se había instalado en los alrededores de Requena algunas partidas de soldados franceses, coincidiendo con la ocupación del territorio español por parte de los ejércitos napoleónicos. Sucedió que un día un pequeño grupo de estos franceses, que como soldados estaban instalados en Requena, enterados de los atractivos de la joven y, tratando de aprovechar la indefensión de su vivienda y corral en descampado, decidieron acudir a visitarla con instenciones de abusar de ella, bien por convencimiento o por la fuerza. Llegados los franceses la joven los recibió con serenidad y sin dar muestras de aturdimiento ni medrosidad, por lo que pudo enterarse, perfectamente, de las intenciones de los soldados. Sin contradecir los deseos de ellos ni oponer negativa a sus pretensiones, la Toleda, de forma placentera y tratando de halagarlos, les propuso invitarlos a unos vasos de bebida que aquellos aceptaron lógicamente. La enérgica joven aderezó con soltura un brebaje a base de aguardiente y algunas hierbas venenosas que ofreció con disimulo a sus incautos visitantes. Uno tras otro fueron quedando sin vida tras la somnolencia que les provocó la mixtura.

Con la misma resolución y energía, a la vuelta de su padre, entre ambos arrojaron los cuerpos de los soldados a un pozo que existía en el corral, cegándolo a continuación con tierra y piedras.

Para la Requena de la época la Toleda fue, según la leyenda, la heroína local que colaboró a la lucha en contra de los franceses, tan ferozmente odiados por el pueblo español en aquella guerra iniciada en 1808 y que conocemos como de la Independencia.

Esta leyenda se la hemos oído contar a D. Luis García Grau y también hace alusión a ella D. Rafael Bernabeu López en su Historia de Requena.

La labradora y el trabuco (mediados del siglo XIX).

Las guerras carlistas afectaron notablemente a la comarca de Requena, cuya población era, en su mayoría, de tendencia liberal. La entonces villa, hubo de soportar fuertes asedios de los tradicionalistas carlinos y precisa-

mente en esa defensa en contra de las tropas llamadas aquí facciosas se destacó el vecindario de Requena con heroísmo. Ello fue reconocido en 1836 por la Regente María Cristina, en representación de su hija Isabel II, concediéndole a esta población el título de ciudad, un nuevo escudo y bandera que simbolizaron el hecho de armas.

Aldeas y casas de labor del medio rural fueron igualmente asediadas e importunadas sus gentes por el movimiento de tropas. No obstante, en la memoria colectiva de los campesinos de la comarca siempre se recuerda y se habla de las opresiones y atrocidades de que hacían gala los carlistas entre las personas de esta tierra.

La tía Julia Martínez, mujer nacida en la aldea de la Fuen Viche, en la partida y parroquia de Los Pedrones y que después de casada vivió el resto de su vida en Hortunas, contaba otro hecho de valentía protagonizado por una mujer labradora frente a una partida de carlistas. Vivía esta mujer y su marido en una casa aislada del barrio de la Fuen Viche y ocurrió que en época de verano el marido estaba trillando en una era que tenían en un altozano algo separado de la casa, mientras que la mujer se quedó realizando algunas tareas domésticas. A media mañana el labrador divisó una partida de carlistas que llevaban consigo una mujer. Al aproximarse comprobó que la prisionera de los de la boina roja era su propia esposa, y asustado acudió al encuentro, para enterarse del motivo del apresamiento. Los carlistas le respondieron a este buen hombre que sabían que en su casa tenían escondido un trabuco, que habían ido a pedírselo a su mujer y esta había negado mil veces que lo tuvieran. A pesar de la intimidación que suponía el rapto, la valiente labradora siguió negando hasta que el marido, viendo que valía más quedarse sin el trabuco que perder a su mujer, bajó a su casa y sacando el arma de su escondrijo la entregó a los secuestradores a cambio de recobrar la libertad de la esposa.

La Cruz del Sordo (mediados del siglo XIX).

En el camino antiguo de herradura de Hortunas a Requena existe una piedra con una cruz que recuerda otro episodio por el que las gentes de esta tierra tenían motivos para considerar como crueles e irreflexivos a los componentes de las partidas carlistas.

Oí contar a los viejos de Hortunas que, durante una de las guerras carlistas, salió a pie un hortunero de su aldea con dirección a Requena, cosa que era muy habitual en aquella época. Antes de llegar a tierras de la partida de La Portera, un grupo de soldados carlistas que estaban emboscados, vigilando el paso de transeuntes de dicho camino, le dieron el alto. Este hombre, del que no se recordaba el nombre, solamente que era muy sordo, no les pudo oír por ese motivo y siguió caminando algunos pasos, pues casi al instante cayó al suelo abatido por los fulminantes disparos que le lanzaron los carlistas.

La cruz del camino se colocó en memoria de su alma y como recuerdo del hecho, llamándole desde entonces al paraje y a la propia piedra la Cruz del Sordo.

El cura de la Perica (mediados del siglo XIX).

En el libro "Fuenterrobles. Memoria de un pueblo." (1995) Fernando Moya Muñoz recoge la siguiente leyenda:

La aldea de Camporrobles se emancipaba de Requena en 1782. Cuando se produjo la separación, Camporrobles se delimitó un término municipal propio, aunque siendo aldea ya tenía una demarcación propia, como el resto de las aldeas.

En la demarcación de Camporrobles, hecha en Octubre de 1563, la mojonera establecida era bastante normal, pero al marcar término propio en 1782 se excedieron bastante, hasta el extremo de ir amojonando en círculo alrededor de Fuenterrobles, entonces también aldea de Requena. Este amojonamiento quedo " a un tiro de perdigones más o menos", como textualmente se cita en los documentos de la época; además cita también "el modo tan vicioso con que los apeadores de Camporrobles giraban el deslinda". Estos datos así figuran en el libro Becerro de Camporrobles.

Se cuenta que un mozo de Fuenterrobles conocido como el hijo de la Perica, fue llamado a filas y le tocó a Madrid. Al cabo de un tiempo pasó a formar parte de la Guardia de Palacio y allí tuvo un romance con una infanta o una dama de alto rango. Enterado el rey o un personaje importante de la corte de este asunto, intentó que aquellas relaciones no continuasen; haciéndole ver a nuestro personaje lo descabellado de aquel idilio, se le ofreció lo que quisiese con tal de que no siguiese adelante, y al final convencido, accedió pidiendo dos cosas: la primera sería poder cantar misa cuando quisiese, de ahí que se le conociese, como el "cura de la Perica"; y la segunda que el término de Camporrobles fuese recortado, llevando los mojones que había en la zona de Fuenterrobles hasta donde están en la actualidad.

Se lo concedieron y él, cumpliendo con lo pactado, volvió al pueblo.